

Hacia un mundo de precariedad: Globalización, deslocalización y desigualdad

Josep Burgaya Riera

Universidad de Vic – Uvic-UCC, España

josep.burgaya@uvic.cat

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.3247934>

Resumen

Estamos instalados en una carrera de mínimos, en la que la presión para fabricar a precios ridículos hace que las corporaciones se recreen en apretar el eslabón más débil de la cadena y dejen prácticamente de pagar impuestos, mientras a los consumidores occidentales se nos tienen que ir abaratando los precios que imponen unas pocas marcas que controlan sectores enteros de la economía en forma de oligopolio, para que podamos comprar con nuestros ingresos cada vez más escasos e inseguros. En occidente, el trabajo es cada vez más escaso y mal pagado, hay menos estabilidad laboral, los subsidios públicos también están en proceso de reducción, mientras unos estados con ingresos decrecientes van debilitando la proporción de servicios públicos

Para el pensamiento económico actual, parece que estamos predestinados a que la época con mayor capacidad productiva, con más exceso de mercancías, coexista con el mayor número de personas ubicadas en los diferentes segmentos de la pobreza, mientras la concentración de riqueza de unos pocos no deja de aumentar de manera escandalosa. ¿Tiene esto algún sentido? La profundización en los diversos niveles de empobrecimiento, tiene efectos más allá de lo estrictamente económico. Deshace las sociedades y las condena a vivir bajo los efectos de “la epidemia de la ignorancia”, que es como califica Jeffrey Sachs las sociedades que no tienen más expectativa que generar consumidores frustrados.

Palabras clave: Consumo; Desigualdad social; Desindustrialización; Globalización; Precariedad laboral.

Towards a world of precariousness: Globalization, delocalization and inequality

Abstract

We are installed in a race of minimums, in which the pressure to manufacture at ridiculous prices causes corporations to recreate themselves in tightening the weakest link in the chain and virtually stop paying taxes, while western consumers have to leave. Chea-

pening the prices imposed by a few brands that control whole sectors of the economy form an oligopoly, so that we can buy with our increasingly scarce and insecure revenues. In the West, work is increasingly scarce and poorly paid, there is less job stability, and public subsidies are in the process of reduction, while states with declining incomes are weakening the proportion of public services

For current economic thought, it seems that we are predestined for a period with the greatest productive capacity and with the most excess of goods, coexisting with the greatest number of people located in the different segments of poverty, while the concentration of wealth of a few does not stop increasing in a scandalous way. Does this make any sense? The deepening of the various levels of impoverishment has effects beyond the strictly economic. It undoes societies and condemns them to live under the effects of “the epidemic of ignorance”, which is how Jeffrey Sachs describes societies that have no more expectations than the generation of frustrated consumers.

Keywords: Consumption; Deindustrialization; Globalization; Labor precariousness; Social inequality.

Para um mundo de precariedade: Globalização, deslocalização e desigualdade

Resumo

Estamos instalados numa corrida de mínimos, em que a pressão para fabricar a preços ridículos faz com que as corporações se recriem para apertar o elo mais fraco da corrente e deixem praticamente de pagar impostos, enquanto os consumidores ocidentais têm que ir barateando os preços impostos por umas poucas marcas que controlam setores inteiros da economia em forma de oligopolio, para que possamos comprar com nossas rendas cada vez mais escassas e inseguras. No ocidente, o trabalho é cada vez mais escasso e mal pago, há menos estabilidade trabalhista, os subsídios públicos também estão em processo de redução, enquanto uns estados com rendimentos decrescentes vão debilitando a proporção de serviços públicos

Para o pensamento econômico atual, parece que estamos predestinados à época com maior capacidade produtiva, com mais excesso de mercadorias, coexistindo com o maior número de pessoas localizadas nos diferentes segmentos da pobreza, enquanto a concentração de riqueza de uns poucos não deixa de aumentar de maneira escandalosa. Tem isto algum sentido? O aprofundamento nos diversos níveis de empobrecimento tem efeitos para além do estritamente econômico. Desfaz as sociedades obrigando a viver sob os efeitos de “a epidemia da ignorância”, que é como qualifica Jeffrey Sachs às sociedades que não têm mais expectativa que gerar consumidores frustrados.

Palavras-chave: Consumo; Desigualdade social; Desindustrialização; Globalização; Precariedade trabalhista.

1 Introducción

Hubo un tiempo en que la desigualdad social extrema no se percibía como una conquista, si no como un cierto fracaso de la sociedad y una notoria fuente de problemas. La polarización social por razones económicas llegó a niveles sin parangón con los procesos industriales del siglo XIX. La inestabilidad y la conflictividad a que dieron lugar en el mundo occidental, acabaron por convencer a las élites que su acumulación de riqueza y de poder solo sería sostenible con mecanismos que impidieran diferencias excesivamente impúdicas y con instrumentos que establecieran un suelo a la pobreza, a la vez que una cierta contención en las formas evitara exhibiciones de riqueza humillantes para los menos favorecidos. Dar dimensión y fortalecer los sectores intermedios, las clases medias, serviría para la consecución de dos objetivos fundamentales: cohesionar la sociedad con la falsa apariencia de igualitarismo que da el consumo y, a la vez, ampliar una demanda agregada que pudiera sostener el crecimiento continuo de la capacidad de producción, posible gracias a la tecnología y los aumentos de productividad.

La crisis de 2008 y la recesión posterior, fueron mucho más que la explosión de una burbuja financiera. Representaron el colapso de un modelo de crecimiento económico desorbitado, por la fe absoluta en el Mercado desregulado y por la conformación de un mundo sin fronteras para el capital y el comercio. Un capitalismo claramente disfuncional. Las cifras de riqueza alcanzadas, más extraordinarias que nunca, han convivido antes y después de ella, con niveles de desigualdad y de pobreza también desconocidos. La lógica, si es que había alguna, era que la interconexión del comercio en una auténtica economía-mundo y el predominio de las finanzas, podían situar la producción en una esfera secundaria y subordinada, donde las fábricas se redistribuyesen hacia territorios más necesitados y con mano de obra más barata. Un levantamiento de la marea económica que debía revertir en beneficio de todos y promover el desarrollo económico allí donde aún no había llegado, y que ha terminado por acentuar la explotación de la población más pobre de los países periféricos y ha disminuido las condiciones y perspectivas de futuro de amplias capas de población sumidas en la precariedad en los países occidentales. Aunque los beneficiarios de este proceso fallido pretendan que la crisis sólo ha sido un cisne negro, tras el cual estamos volviendo a la senda del crecimiento, probablemente nada es ni volverá a ser como antes. Se impone el final de un ciclo y un cambio de paradigma económico, social y político. El modelo de producción y consumo ha devenido claramente insostenible.

Jamás la capacidad productiva de la humanidad había llegado a la que ahora poseemos. El viejo mito de conseguir la suficiencia productiva y acabar con la escasez hace ya unas décadas que se alcanzó. El maquinismo, el desarrollo tecnológico avanzando en proporciones geométricas, nos ha dado la posibilidad de sostener dentro de los límites de la dignidad a la totalidad de una población que se ha multiplicado por diez en los dos últimos siglos. Sin embargo, la teoría económica, las estructuras sociales, el pensamiento político y los valores morales adolecen de haberse desarrollado solo en proporciones aritméticas. Nunca hubo tampoco en la historia de la humanidad tanta gente pobre y excluida socialmente. Miles de millones de personas sobreviven por debajo de los límites de la pobreza, y el hambre continúa siendo la principal causa de mortalidad del planeta. En nuestro mundo, como nunca en la historia, conviven en un contraste brutal niveles de riqueza sin par, con miseria digna de otros siglos, o peor.

De hecho, la paradoja es que los países más pobres son ahora los que concentran la industria, si exceptuamos el mantenimiento del concepto de pobreza más

tradicional en algunas zonas de África. Desde que el mundo occidental apostó por la deslocalización industrial – también de los servicios – buscando condiciones de producción *low-cost*, industrialización y desarrollo económico y social han dejado de ir de la mano. Industrialismo subordinado y dependiente de las Zonas de Procesamiento de Exportaciones asiáticas va ligado a las condiciones de vida más extremas, aunque el trabajo sea industrial y no la pobreza de tipo agrícola tradicional. El trabajo puede que continúe siendo condición para el sostenimiento personal, pero no es ni en el primer mundo ni en el último, garantía de salida de la pobreza y de la precariedad. De hecho, la falta de trabajo y la pérdida de seguridades relacionadas con él es lo que pervierte las otrora relativamente igualitarias sociedades occidentales. El trabajo ha devenido un bien escaso y mal remunerado, y los niveles de renta medios han caído y continúan haciéndolo, generando una disparidad económica que está triturando la cohesión social y el consenso sobre el que se sostuvo el Estado de bienestar y el modelo social europeo.

Los niveles exagerados de desigualdad corroen la sociedad y dinamitan los puentes sobre los que se habían construido los consensos sociales e intergeneracionales. Parece como si la caída del muro de Berlín hubiese desencadenado al capitalismo, en el cual las clases dominantes hubieran optado por dinamitar las concesiones que habían puesto coto a la desigualdad, desde los años treinta del siglo pasado en nombre de la estabilidad y la seguridad, toda vez que los trabajadores poseían una cierta capacidad de intimidación. La prosperidad y bienestar colectivo que proporcionaron estos equilibrios, pero como la intención última de ciertos intereses aliados con cierta academia económica y ciertos proyectos políticos abundaron para ir – evolucionar no sería – hacía un mundo más individualista y con el mercado liberado de las constricciones del Estado. Los desajustes económicos y financieros, así como los efectos sociales y la levedad de la política, resultan bastante evidentes en las dos primeras décadas de este milenio. Con la globalización, el desempoderamiento del Estado y el predominio del individualismo más extremo y la codicia más voraz como valores supremos, hemos evolucionado hacia formas económicas y sociales que, además de ser profundamente injustas, nos llevan al colapso después de un itinerario destructivo en una carrera sin sentido hacia los límites de lo mínimo.

Estamos en un mundo con políticos, los cuales en su mayoría atraen las iras de una ciudadanía defraudada y desnortada, pero sin política, si entendemos esta como el espacio de resolución de los grandes conflictos y problemáticas planteadas, como el ámbito en el que se dan curso a las prioridades estratégicas de lo colectivo en detrimento de la inmediatez de lo que es puramente individual. El mundo del comercio, la producción y las finanzas globalizadas tiene muchas dificultades para casar con un mundo político preferentemente institucionalizado en el ámbito geográfico y mental de los Estados-nación. Los grandes temas que tiene la humanidad planteada tienen un abasto que excede en mucho las posibilidades de resolución de los estados, y no se ha desarrollado un sistema de gobernanza global adecuado para asumir los retos del calentamiento global, los grandes conflictos bélicos que más allá de sus formalismos tienen su punto de arranque en la desigualdad o el establecimiento de sistemas fiscales armonizados y que eviten la competencia desleal en el momento de dejar de pagar impuestos. Las condicionalidades de las grandes instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, La Organización Internacional de Comercio e incluso de la Unión Europea, inducen desde hace décadas y no parecen dispuestas a mudar en su enfoque, a una desregulación, a un no intervencionismo que ha tornado la función política en desarmada e irrelevante.

La política institucionalizada se ha resignado a ser un dios menor, aun manteniendo el rango y las formulaciones más bien folclóricas y superadas de antaño. La crisis de la política es previa y va más allá del descontento y frustración que puede haber generado la crisis económica. Existe un problema de credibilidad en las formas y en el fondo, donde lógicamente los numerosos casos de corrupción, conflictos de intereses y puertas giratorias no han ayudado. Como tampoco ayuda la percepción que el discurso más antiestatista de las élites va ligado a que el estado proteja y dé cobijo a sus intereses. El dinero público para evitar la quiebra de las finanzas sería un buen ejemplo de ello. ¡Vicios privados, públicas virtudes!, o como las ganancias particulares se tornan en socialización de las pérdidas, asumidas y esto no deja de ser una ironía, con los ingresos fiscales provenientes mayormente de las rentas del trabajo, en una especie de redistribución de riqueza en sentido inverso. Hace tiempo ya que fuimos cediendo nuestros derechos de soberanía ciudadana con la compensación de ir adquiriendo un rol de consumidores compulsivos, no tanto porqué nuestra renta lo hiciera posible, sino por la trampa de una insostenible facilidad para el endeudamiento. No nos engañemos, la última crisis no fue de tipo cíclico ni convencional, y algunos dígitos en positivo en el PIB no nos van a evitar estar al final de una época y tener que cambiar el paradigma. Ni el crecimiento económico en términos antiguos va a evitar nuestra creciente deriva hacia la precariedad y la pobreza.

El mundo hacia el que hemos evolucionado, no ha sido el resultado de la acción conspirativa de los plutócratas del 1%, ni de que el mundo esté gobernado exclusivamente por las corporaciones. Determinadas primacías se han producido de manera escrupulosamente democrática. Aunque las responsabilidades sobre la sinrazón a la que hemos llegado no se puedan repartir de manera igualitaria entre la ciudadanía y las élites económicas y políticas, entre la población y el establishment dominante, según el feliz retrato que hace de ellas el politólogo británico Owen Jones, ciertamente hay errores compartidos. El mito del “buen ciudadano” que a menudo se acuña desde la nueva política, dista mucho de ser real. Los ciudadanos nos equivocamos a menudo, optamos a nivel político y económico con una cierta frivolidad, y distamos mucho de que nuestras opciones respondan a la racionalidad, ni tan solo a nuestros intereses. De hecho, a menudo optamos por una ficción sobre lo que más nos conviene. Puede parecer redundante, pero votar es un acto eminentemente político del que se derivan consecuencias.

En los últimos tiempos, los factores de incertidumbre y de colapso añadidos, son grandes, y habrá que afrontarlos. La desigualdad creciente es el resultado de una apuesta liberal-capitalista fallida. No es meramente un problema estadístico o numérico, es una profunda división social entre incluidos y excluidos, entre los “contrabajo” y los “sintrabajo”. No hay economía, ni sociedad, ni política que se pueda sostener impunemente sobre la dinámica actual en este sentido. Como tampoco son baladís los efectos evidentes y reales que provoca un cambio climático que no es sino el resultado también de otra apuesta fallida, la de un desarrollismo sin límites y la noción de que la biosfera está ahí para ser subyugada por la tecnología para nuestros caprichos. Los límites del crecimiento son evidentes en el ámbito energético, pero también en otros. El crecimiento económico infinito no es posible, ni tan solo generalizable en sus niveles actuales hacia los enormes y grandiosos países emergentes. La economía y la cultura del despilfarro no son ampliables, pero difícilmente podremos evitar que otros hagan lo que los occidentales autosatisfechos no parecemos dispuestos a dejar de hacer. El crecimiento demográfico es una evidencia que no contribuye justamente a ganar tiempo

para establecer los sistemas de resolución de nuestros problemas de fondo en tanto que civilización. Los movimientos de población a escala mundial que tanto nos inquietan van a ser mucho mayores y traumáticos, y difícilmente las vallas y alambradas como las que pretenden separar la ciudad de Melilla del Tercer Mundo lo va a poder evitar, cuando la presión sobre la escasez de los alimentos y el agua se tornen insoportables.

Parece evidente la inadecuación de la gobernanza al estado actual de las cosas. Una mejor articulación de lo global y lo local parece inevitable para recuperar el control de ciertas dinámicas, pero sobre todo para recuperar el sentido común. No es posible mantener ámbitos de acción restringidos al ámbito local – lo político –, mientras la acción de otros ámbitos sea global y fuera de control social – lo económico –. Cuando las corporaciones son globales y las legislaciones e instrumentos de poder político puramente nacionales, la disfuncionalidad parece hartamente evidente. Los Estados-nación se muestran incapaces de responsabilizarse de nuestro bienestar y van deviniendo un refugio meramente simbólico, un refugio emocional, mientras que las instituciones internacionales que hemos constituido distan mucho de ser neutrales y faltadas, además, de legitimidad democrática. El globalismo sin política global, sin gobernanza global de base democrática, consolida una sociedad de ganadores y de perdedores, un mundo escindido entre la acumulación indecente del 1% que ya posee más del 50% de la riqueza planetaria, mientras que el 50% de la población menos favorecida en términos de riqueza se tiene que conformar con un misérrimo 1%.

Habría que desandar el largo camino trazado desde la condición de ciudadanos a consumidores, revirtiendo algunas cosas y situar el bienestar colectivo como objetivo prioritario, así como la sostenibilidad medioambiental y la cohesión de nuestras sociedades. Parece inevitable intentar recuperar el papel central de la política en el marco de los estados-nación y construir de manera paralela y si esto es posible mecanismos de democracia global. Las tecnologías de la comunicación, el mundo digital facilita algunos procesos globales y la participación, aunque los problemas y efectos secundarios del papanatismo tecnológico no tendríamos que obviar que también son grandes, tanto en forma de control social, de homogeneización de gustos y culturas y de exceso de exposición y falta de “distancia”, como bien describe el filósofo Byung-Chul Han. La ciudadanía más que de medios tecnológicos de los que está saturada, adolece de relato – de relatos – y de perspectivas de futuro más allá de la precariedad, la soledad, el centro comercial como templo y el Prozac y el Viagra como refugios.

Que gran parte de la ciudadanía se siente frustrada e indignada es una evidencia, pero no deberíamos olvidar que la indignación, aunque sea un potente dinamizador hacia la acción, tiene notorias limitaciones para la construcción del futuro, algo que no tendrían que obviar quienes se han convertido en portavoces del malestar. ¿Qué se puede construir sobre el desencanto, la frustración y el resentimiento? Aunque sentimientos plenamente justificados, acostumbran a ser materiales endeble para la construcción de futuros, más necesitados de la solidez de la razón y de la esperanza. El gran reto de la nueva y vieja política es conseguir convertir el enfado en proyecto político plausible y realizable. Se requiere de la argamasa de la transparencia, la participación y la responsabilidad. Los peligros del populismo identitario están ahí, y el autoritarismo acecha en las soluciones simplistas contra las cuales ni el progresismo está suficientemente vacunado. Parafraseando al Bill Clinton de la campaña electoral de 1992, podríamos afirmar: ¡Es la política, estúpido!

2 La rebelión de las élites y la ruptura de consensos fundamentales

Hubo un tiempo en que la desigualdad social extrema no se percibía como una conquista, si no como un cierto fracaso de la sociedad y una notoria fuente de problemas. La polarización social por razones económicas llegó a niveles sin parangón con los procesos industriales del siglo XIX. La inestabilidad y la conflictividad a que dieron lugar en el mundo occidental, acabaron por convencer a las élites que su acumulación de riqueza y de poder solo sería sostenible con mecanismos que impidieran diferencias excesivamente impúdicas y con instrumentos que establecieran un suelo a la pobreza, a la vez que una cierta contención en las formas evitara exhibiciones de riqueza humillantes para los menos favorecidos. Dar dimensión y fortalecer los sectores intermedios, las clases medias, serviría para la consecución de dos objetivos fundamentales: cohesionar la sociedad con la falsa apariencia de igualitarismo que da el consumo y, a la vez, ampliar una demanda agregada que pudiera sostener el crecimiento continuo de la capacidad de producción, posible gracias a la tecnología y los aumentos de productividad.

Mantener los principios capitalistas del individualismo, de la iniciativa individual, del incentivo del lucro, de la acumulación de riqueza como algo que da sentido a la vida y la “desigualdad estimuladora” haciendo todo ello compatible con sociedades seguras y medianamente inclusivas que garantizaran un funcionamiento saludable del sistema queda perfectamente representado, definido y teorizado por John Maynard Keynes, el cual estaba convencido que era necesario “proteger al capitalismo de sí mismo”, de sus tentaciones autodestructivas por su tendencia a polarizar la renta en sus extremos.

El Estado de bienestar fue pues una construcción histórica, posible en unas coordenadas económicas, políticas y sociales concretas, que se dieron especialmente en Europa Occidental al acabar la Segunda Guerra Mundial. Su despliegue, su profundidad, y también sus resultados, tuvieron que ver con las especificidades de cada país. Las hegemonías políticas eran diferentes en Suecia o en Gran Bretaña, para poner dos ejemplos, como también lo eran las mentalidades y el grado de cohesión social preexistentes. A pesar de la diversidad de los modelos de bienestar que se ponen en marcha, en todos los casos los resultados en términos de crecimiento económico, de seguridad y de nivelación social son espectaculares, si se tiene en cuenta cuál era la situación de derrota de la cual se partía, especialmente notoria en Alemania.

El impulso liberal, poniendo en cuestión y criticando la validez del paradigma keynesiano, desde la década de los ochenta, fue el primer paso para poner en entredicho el modelo socialmente integrador que había prevalecido. Las políticas económicas neoliberales, practicadas por los nuevos conservadores, pero también por las terceras vías procedentes de la socialdemocracia – economía de la oferta –, son incompatibles filosóficamente y técnicamente con el sistema de prestaciones y seguridades del Estado del bienestar. Si su liquidación no fue inmediata, fue porque la dependencia electoral requería de una cierta moderación, si no se quería pagar un elevado precio político. Sólo era una cuestión de tiempo. Como ya escribiera Naomi Klein en *La doctrina del shock*, las élites del capitalismo aprovechan las situaciones de crisis para reformular las reglas del juego en su favor, para laminar algunas concesiones toda vez que las situaciones críticas convierten en aceptables condiciones impensables en otros momentos. En los últimos tiempos, el establishment dominante ha abandonado todo atisbo de compasión y ha hecho una apuesta de máximos en pro de sus beneficios y de su acumulación, lo que conlleva una sociedad y una economía de mínimos, una sociedad *low-cost*: bajos

salarios, ínfima tributación y menos Estado. Hay quien lo ha definido como la fase anarquista del capitalismo

El reto de las sociedades actuales, de la ciudadanía, es poner coto a un proceso que tiene mucho de autodestructivo y que genera exclusión y cotas crecientes de sufrimiento en una parte importante de la población. Habría que intentar evitar que la irresponsabilidad de las élites se cargara el enorme capital social construido en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. No puede ser aceptable que se haya suspendido la política, o al menos su necesaria primacía, por imperativo de lo económico. Jeffrey Sachs ha escrito que detrás de la crisis económica subyace una crisis moral, “la élite económica y política cada vez tiene menos espíritu cívico”.

El economista norteamericano Tyler Cowen ha teorizado el cómo la centralidad tecnológica creciente no hace sino generar mayores desequilibrios y desigualdad entre individuos. “Se acabó el término medio”, argumenta. Vamos hacia un mercado laboral bifurcado, polarizado en dos campos entre un porcentaje de trabajadores, bajo, “que les va muy bien” y un porcentaje alto “que no le va nada bien” según definición del economista del MIT, David Autor. Ya antes de la crisis, pero especialmente con ella, lo que han ido desapareciendo son los salarios medios, con una afluencia al desempleo que solo se contrarresta por una tendencia harto promovida de derivar hacia el autoempleo. Ciertamente, no es lo mismo, aunque las estadísticas lo puedan confundir, ya que mucha autoocupación es pura subsistencia o poco más que microempleo. El aumento de la productividad de las últimas décadas no se ha correspondido con un aumento proporcional de los salarios, como indicaría la teoría económica, sino con un estancamiento y retroceso. Algo tiene que ver en esto la posibilidad de deslocalización y la tendencia a la igualación del precio de los factores.

3 Una desigualdad acumulativa

Los datos sobre el crecimiento imparable de la desigualdad en las últimas décadas resultan incuestionables. Ya no se trata sólo del debilitamiento moral de una sociedad que tiene que tolerar los salarios indignos de los grandes directivos y que el segmento del 1% más rico de la población sea cada vez inmensamente más rico, sino de las consecuencias de la polarización de los niveles de renta en los extremos. De los efectos económicos de la desigualdad en la distribución de la renta tenemos suficientes ejemplos históricos, en forma de contracción del consumo y de la demanda efectiva, el mantenimiento de la cual es condición indispensable para la salud de la economía. Especialmente en una época de abundancia productiva como el actual, la contracción de la capacidad de compra puede ser letal, aunque la tendencia a los precios bajos de los productos pueda mitigarlo durante un cierto tiempo. La disminución de los precios tiene claramente un límite, que son los costes de producción y, éstos, no se podrán recortar de manera infinita. Una cierta nivelación social, como la que había llevado el modelo social europeo, es imprescindible para disponer de sociedades cohesionadas y estables, como también es necesaria la percepción de un cierto grado de equidad en el reparto de beneficios y cargas por parte de la ciudadanía. En las últimas décadas, ha aumentado – digan lo que digan los publicistas de la mundialización – la población en situación de extrema pobreza en el mundo, aunque en algunos países emergentes haya funcionado parcialmente el ascensor social y el derrame de la riqueza. Hay más gente que nunca que vive con rentas inferiores a los 1,50 dólares por día.

Pero a esta pobreza de los países pobres – digamos tradicional –, se ha sumado en los últimos años la nueva pobreza que se concentra en los barrios degradados de las ciudades de los países ricos, formada por una masa creciente de excluidos. Nueva York es un caso paradigmático de cómo dos ciudades conviven en una sola. La misma administración municipal considera que si a los pobres de solemnidad se suman los “casi pobres” que no se pueden mantener y requieren de subsidios, la dimensión de los excluidos sube al 50% de la población de la ciudad. Que el rendimiento anual de los activos de las 10 personas más ricas del mundo multiplique por tres el ingreso de los 70 millones de personas que viven en Etiopía es éticamente inasumible, y lo deviene más si pensamos que dentro de Etiopía también hay ricos y que, por tanto, la brecha de ingreso de la mayoría de etíopes es aún mayor. Mientras la renta per cápita en Luxemburgo es de 78.668 dólares anuales, en el Congo solo son 300 dólares.

La mundialización no ha tenido los resultados que nos habían prometido. Ciertamente que era estimulante operar en un mundo plano donde las fronteras de los Estados-Nación quedarán reducidas a poco más que al carácter simbólico, y parecía lógico que una interrelación de las economías mundiales, circulando capitales, tecnología y conocimientos, tendría efectos beneficiosos, especialmente en por las economías y sociedades más atrasadas. Qué esto no haya resultado exactamente así, no sería imputable al mismo concepto de mundialización, sino a la forma, los ritmos y las prioridades con que se ha llevado a cabo. Aunque pueda sonar a tópico, lo cierto es que se ha producido una globalización del comercio, de los capitales y de las finanzas, pero no de la riqueza, de las personas, de los derechos sociales, del trabajo digno, ni de la libertad y la democracia. Se confundió interesadamente la liberalización, que significa “posibilidad de”, con la desregulación que ha facilitado que la especulación se manifestara sin normas, que no es exactamente el mismo. Justamente, los efectos benefactores de la globalización – que también los ha habido – se han puesto de manifiesto allí donde las estructuras políticas han tenido suficiente fortaleza para ejercer un cierto control en beneficio de su sociedad. Probablemente el relativo fracaso, en términos generales, del proceso globalizador no proviene del concepto, sino de la ideología económica y política que lo ha empujado y sostenido, aunque justamente se nos haya presentado como el reino de la no ideología.

La globalización ha incidido de manera negativa en relación a los niveles salariales, desmontando en el interior de los países occidentales el poder compensatorio de los sindicatos con la amenaza de huida de capitales y de deslocalización, en el caso que los trabajadores se pusieran demasiado exigentes respecto a sus derechos y salarios, lo que ha actuado como mecanismo de contención y de disminución de las retribuciones. Pero lo mismo sucede en los países en vías de desarrollo que atraen inversiones industriales con bajos salarios y una escasa normativa laboral. Cualquier intento de los gobiernos de aumentar el salario mínimo, o bien cualquier movilización de trabajadores exigiendo condiciones más dignas, conlleva la amenaza de irse a otro país, con “mejor disposición” a aceptar las reglas de la precariedad. Unas normativas laborales cada vez más laxas, continuarán la espiral descendente mientras se continúe la carrera de mínimos para la mano de obra barata y las exenciones fiscales. En España, uno de cada tres puestos de trabajo ya es eventual, como lo son la inmensa mayoría de las nuevas contrataciones, muchas de las cuáles no superan la semana de duración. La caída del componente salarial hace descender la demanda de la economía, con la paradoja que justamente en las sociedades definidas por el consumo, se va perdiendo capacidad de consumir.

Thomas Piketty, ha explicado con fundamentos históricos y estadísticos complejos como el capitalismo lleva apareada una contradicción profunda que, en caso de no intervenir mediante mecanismos correctores, tiende hacia una desigualdad paralizante del propio sistema económico. Analizando largas series históricas, Piketty pone en evidencia como la tasa del rendimiento privado del capital puede ser de manera duradera y continuada mucho más alta que la tasa de crecimiento de la renta y de la producción. Una fuerza desestabilizadora inquietante en la medida que los patrimonios que proceden del pasado tiene un ritmo de progresión muy por encima de la producción y de los salarios, de esta forma “el empresario tiende a transformarse en rentista y a dominar cada vez con más fuerza a los que sólo poseen su trabajo”. La tasa de crecimiento de la producción y de los salarios se mueve, a largo plazo, entre el 1 y el 1,5% anual de crecimiento, mientras que las rentas de capital, oscilarían entre el 2 y el 4% anual si son pequeños capitales, y entre el 6 i el 7% entre las grandes fortunas.

Mirado con una cierta perspectiva, el desplazamiento de la producción manufacturera hacia el Tercer Mundo con el control del proceso por parte de las grandes corporaciones, tiene algo de establecimiento de una industria rentista del Primer Mundo. Centrada la matriz en actividades terciarias y fundamentada en la propiedad del conocimiento tecnológico, el diseño de productos y la investigación y el desarrollo, no se hace sino drenar el valor de la manufactura de los nuevos países industriales, en una especie de nueva actividad “extractiva”, donde las ganancias proceden de la explotación del esfuerzo y el trabajo de muchos, a cambio de muy poco. Gracias a la libre movilidad del capital, se cierra en Occidente el “sistema de fábrica,” el cual se permite explotar reservas inmensas de mano de obra que tienen como condición, justamente, su inmovilidad. Pero esta es justamente una crisis en la que se evidencia el infraconsumo como resultado del aumento de la capacidad de producción global, combinada con la creciente desigualdad que conlleva la contracción de la demanda. Siguiendo a Keynes, si no se combate la desigualdad a través del empleo, el nivel de salarios y una fiscalidad equitativa, el colapso es inevitable. Difícilmente se podrá volver a comprar tiempo con la emisión masiva de tarjetas de crédito.

Ulrich Bech ha escrito sobre el hecho que la ruptura de la sociedad del trabajo resquebraja la alianza histórica entre capitalismo y democracia. Considera que la democracia nació en Europa y en Estados Unidos como “democracia del trabajo”, en el sentido que la sociedad democrática se apoya sobre el reparto del trabajo remunerado. El “capitalismo amortiguado” de las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial muere. Para Beck la conclusión es meridianamente clara: “Sin seguridad material no puede existir libertad política, ni por tanto democracia alguna; y entonces todos nos vemos amenazados por nuevos y antiguos regímenes e ideologías totalitarias”. La pregunta que se plantea Beck es absolutamente pertinente y nos sitúa en una encrucijada. ¿Es posible la democracia más allá de las “seguridades” de la sociedad de trabajo? A medida que el empleo se hace más precario, las bases del Estado de bienestar se deterioran y “las biografías normales se desvertebran; la presión sobre el Estado de bienestar, siempre creciente, no puede financiarse a través de una bolsa pública llena de agujeros”. Cuando se deroga el contrato social, cuando se quiebra la confianza entre el gobierno y los ciudadanos, lo que le sucede es la desilusión, la falta de compromiso y puede que cosas mucho peores.

El sociólogo norteamericano Richard Sennet ha reflexionado sobre el concepto de dignidad en un mundo de desigualdad. La precarización tiene que ver con las posibi-

lidades de consumo y de sostenimiento de los individuos, pero tiene que ver con la dignidad, especialmente cuando los niveles de renta son tan extremos. Perder el respeto, es aceptar la falta de estatus, de prestigio, de reconocimiento de honor y de honorabilidad. En la sociedad moderna la dignidad ha estado asociada al trabajo y la dependencia a la vergüenza. La compasión a menudo hiere. Para Loretta Napoleoni, no es posible mantener la ficción de que se devolverá una deuda privada y pública, ya que es imposible que se pueda hacer. El error fue inducir al endeudamiento para contrarrestar la disminución de ingresos por parte de la mayoría de la población. La equivocación conceptual ha sido considerar el dinero como una mercancía el precio de la cual es el interés. La extrema desigualdad en la que un 10% de la población posee el 85% de la riqueza mundial, y la mitad más pobre debe repartirse un 1%, crea una inestabilidad económica, social y política, que pone en jaque al sistema democrático. Reducir las desigualdades no es solo una cuestión de rentas, es también una cuestión de respeto, en feliz definición acuñada por Josep Ramoneda que, añade, no es solo una cuestión de redistribución de rentas, sino de cambio cultural, de “reconocimiento y respeto”.

Richard Wilkinson y Kate Pickett publicaron un magnífico libro en el que, combinando la sabiduría económica y el saber antropológico, evaluaron los costes de la desigualdad en forma de infelicidad colectiva. Más allá de lo estrictamente monetario, la desigualdad tiene efectos demoledores sobre una parte de la sociedad, en forma de salud, estrés y patologías diversas, así como el reforzamiento de la tendencia a la no cooperación. Las sociedades desiguales, aparte de injustas, son insanas y costosas. No es tanto el bienestar de las personas lo que cuesta dinero, sino su infelicidad. Teniendo en cuenta que la calidad de las relaciones sociales se construye sobre cimientos materiales, la escala de diferencias de la renta tiene un efecto muy poderoso en nuestra manera de relacionarnos. Ya antes de la crisis económica de 2008, se producían en el mundo occidental conductas antisociales que inducían a algunos analistas a hablar de una “sociedad rota”. El colapso financiero desplazó entonces la atención hacia el concepto inmediato de “economía rota”, pero las disfunciones sociales ya estaban allí. Hay algo que puede parecer anecdótico, pero no lo es: por primera vez en la historia, los pobres están en líneas generales más gordos que los ricos. Según estos autores, “la desigualdad se mete bajo la piel”, y es una evidencia que cuanto más desiguales, las personas de estas las sociedades tienen más problemas de salud, de violencia, aumenta la ansiedad, progresan las patologías psicológicas por falta de autoestima e inseguridad social, se siente amenazada la identidad social de los individuos débiles, aparece la vergüenza, el orgullo herido y el temor a perder el estatus. La desigualdad aumenta los fenómenos de ansiedad de ser socialmente valorados de manera negativa.

Hay una correlación entre confianza y colaboración, y la primera desaparece con la desigualdad. Quien confía, tiende a ser más proclive a culturas comunes y compartidas. Si desaparece la confianza, disminuye no solo el bienestar de la sociedad civil, sino la propia noción de pertenencia a una sociedad, como también ha destacado Robert Putnam. Wilkinson y Pickett demuestran cómo se producen unos determinantes psicosociales de la salud además de los condicionantes meramente materiales. Su formulación de a “más diferencia de renta, menos cintura”, expresa que el progreso de la obesidad y del sobrepeso en el mundo desarrollado, especialmente en Estados Unidos, tiene mucho que ver con el “efecto consuelo” de la comida, que actúa especialmente sobre aquellos que por su bajo nivel de renta se sienten socialmente excluidos, o bien en sus límites. La desigualdad también se correlacionaría con el rendimiento y las opor-

tunidades educativas, con el recurso a la violencia como forma de expresar el orgullo herido. En definitiva, la desigualdad genera sociedades disfuncionales con costes elevados y mucha mayor infelicidad. Richard Layard, que ha desarrollado el concepto de “economía de la felicidad”, argumenta como la desigualdad estimula el impulso hacia el consumo, con lo cual se genera una insatisfacción colectiva que tiene un coste elevado. Habla de los costes suplementarios de insatisfacción que generan los ricos, a los cuales cree habría que hacerles pagar en compensación por la infelicidad comparativa que generan.

Las sociedades democráticas requieren de unas condiciones mínimas de igualdad, o, dicho de otro modo, de unos niveles de desigualdad moralmente aceptables. Las tendencias económicas y sociales actuales están a punto de rebasar, si no lo han hecho ya, todas las líneas rojas para mantener la cohesión política y social, el consenso necesario, dentro de unos márgenes que no lo hagan estallar. Félix Ovejero ha escrito que “cuando las desigualdades son agudas, es improbable que los ciudadanos se sientan comprometidos con las instituciones”. Situados en este punto, es legítimo plantearse hasta qué punto no se legitima el levantamiento y la explosión de rabia de los sectores sociales sometidos a la violencia de la extrema pobreza. Las instituciones que no reparan patologías tan evidentes, ¿pueden exigir el respeto y el cumplimiento de la ley a los ciudadanos que las padecen? Parafraseando a John Locke, la pobreza y la fractura social implica retornar a un “estado de naturaleza” donde el individuo recupera su derecho a tomarse la justicia por su mano.

4 La levedad de la política

“El tiempo mundial del mercado ha entrado en conflicto con el tiempo político de las democracias, el tiempo estratégico de las empresas y el tiempo psicológico de los individuos”, ha escrito de manera elocuente el politólogo español Daniel Innerarity. La política ha dejado de ocupar un lugar central, un rol decisivo en relación a las cuestiones más importantes que nos afectan. Todo lo que tiene una cierta trascendencia ocurre al margen y fuera del alcance del poder político. Las crisis económicas, los problemas financieros, la falta de trabajo, la desigualdad creciente, la pobreza ignominiosa, el calentamiento global, la sostenibilidad medioambiental, el crecimiento demográfico. Son cuestiones mayores, grandes temas donde los políticos expresan algunas ideas al respecto, pero acto seguido manifiestan la imposibilidad de intervenir y su impotencia. Todo se remite a tendencias generales incontroladas e incontrolables, a efectos colaterales no deseados del libre mercado que ya se acabarían por corregir de manera espontánea, a imponderables de la sociedad abierta. La economía tiene su lógica y la política no está concebida según la doctrina dominante como el ámbito que la tenga que redirigir al servicio de las personas, se ha convertido en una variable independiente. El poder político, sus instituciones, no son más que una sombra de lo que habrían sido cuando se fueron configurando los Estados-nación a partir del siglo XVIII, o incluso sus antecedentes a partir de las monarquías renacentistas que acabaron mudando hacia el absolutismo durante el Antiguo Régimen.

Una vez rotos los equilibrios entre capital y trabajo, una vez superados de manera unilateral los consensos que hicieron posible el modelo del Estado de bienestar, las clases pudientes han destrozado los cimientos de la sociedad burguesa de manera

mucho más rápida y contundente que cualquier revolución protagonizada por los trabajadores organizados. Más allá del predominio del espíritu más radical del lucro, la sociedad y su futuro han perdido cualquier atisbo o simulacro de timón, de dirección, que no sea la dinámica de un mercado que puede ser todo, menos libre. Un capitalismo extremo, sin espacio para la compasión o la clemencia, ha condenado a la política a ser un espacio de frustración y de repulsión, en el que el triunfo del discurso antipolítico se va tornando cada vez más acentuado, tanto desde la derecha populista como desde la izquierda indignada. La crisis económica ha evidenciado que el Estado actual era como el rey sin camisa de la fábula, un instrumento débil e incapacitado para responder a las necesidades ingentes que se han puesto de manifiesto. Su debilidad es conceptual, pero sobre todo de disponibilidad de recursos, después de haber debilitado los ingresos fiscales durante décadas. De este modo, entre la frustración que lleva a la indiferencia política de gran parte de la ciudadanía y el predominio del discurso postpolítico en el que no hay lugar para las ideologías, esto es para la expresión de diferentes proyectos de sociedad; hemos entrado en el ámbito de la postdemocracia, donde este sistema ha perdido una parte de las condiciones que le daban sentido y la justificaban. El concepto de soberanía política se ha diluido, pues sería discutible si esto es lo que ahora se ejerce en las elecciones. Hay poderes más allá del sistema político que si tienen visos de actuar de manera soberana, decisiva. Nunca la política como actividad había gozado de tan baja consideración y nunca había estado faltada tanto de mecanismos efectivos de intervención. Lo paradójico del caso, es que en el ámbito de la política nadie explica la incapacidad, la imposibilidad de actuar con las reglas actuales, manteniendo unos rituales, unas formas y unos discursos de antaño, como cuando la política significaba una actividad de relieve. Y, sin embargo, habrá que reivindicar y reinventar la política; sin ella no hay sociedad posible.

Bibliografía

BECK, Ulrich. **Un nuevo mundo feliz: la precariedad del trabajo en la era de la globalización**. Barcelona: Paidós, 2007.

BURGAYA, Josep. **El Estado de bienestar y sus detractores**. A propósito de los orígenes y la encrucijada del modelo social europeo en tiempos de crisis. Barcelona: Octaedro, 2013.

BURGAYA, Josep. **La Economía del Absurdo**. Cuando comprar más barato contribuye a perder el trabajo. Barcelona: Deusto, 2015.

BURGAYA, Josep. **Adiós a la soberanía política**. Los tratados de nueva generación (TTP, TTIP, CETA, TISA...) y qué significan para nosotros. Barcelona: Ediciones Invisibles, 2017.

COWEN, Tyler. **Se acabó la clase media**. Cómo prosperar en un mundo digital. Barcelona: Antoni Bosch Editor, 2014.

GRAY, John. **El silencio de los animales. Sobre el progreso y otros mitos modernos**. Madrid: SextoPiso, 2013.

- HAN, Byung-Chul. **La sociedad de la transparencia**. Barcelona: Herder, 2013.
- INNERARITY, Daniel. **El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política**. Barcelona: Paidós, 2009.
- JONES, Owen. **El Establishment. La casta al desnudo**. Barcelona: Seix Barral, 2015.
- KEYNES, John Maynard. **Ensayos de persuasión**. Madrid: Síntesis, 2009.
- KLEIN, Naomí. **No logo**. El poder de las marcas. Barcelona: Paidós, 2002.
- LAYARD, Richard. **La nueva felicidad: lecciones de una nueva ciencia**. Madrid: Taurus, 2005.
- NAPOLEONI, Loretta. **Democracia en venta**. Cómo la crisis económica ha derrotado la política. Barcelona: Paidós, 2013.
- OVEJERO LUCAS, Félix. **¿Idiotas o ciudadanos?** El 15-M y la teoría de la democracia. Barcelona: Montesinos, 2013.
- PIKETTY, Thomas. **El capital en el siglo XXI**. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- PUTNAM, Robert D. **Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana**. Barcelona: Círculo de Lectores, 2002.
- RAMONEDA, Josep. **La izquierda necesaria**. Contra el autoritarismo posdemocrático. Barcelona: RBA, 2012.
- RIFKIN, Jeremy. **La sociedad del coste marginal cero**. El Internet de las cosas, el procomún colaborativo y el eclipse del capitalismo. Barcelona: Paidós, 2014.
- RODRIK, Dani. **La paradoja de la globalización**. Democracia y el futuro de la economía mundial. Barcelona: Antoni Bosch, 2012.
- SACHS, Jeffrey. **El precio de la civilización**. Barcelona: Círculo de Lectores, 2013.
- SENNETT, Richard. **El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad**. Barcelona: Anagrama, 2003.
- STIGLITZ, Joseph E. **El precio de la desigualdad**. El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita. Madrid: Taurus, 2012.
- TALEB, N. **El cisne negro**. El impacto de lo altamente improbable. Barcelona: Paidós, 2008.
- WILKINSON, Richard. **Las desigualdades perjudican: Jerarquías, salud y evolución humana**. Barcelona: Crítica, 2001.
- WILKINSON, Richard; PICKETT, Kate. **Desigualdad: una historia de la (in) felicidad colectiva**. Madrid: Turner, 2009.